



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 5**

### **CBX 109 NUEVO TESTAMENTO I**

Unzurrunzaga Hernández, Ana. “El rostro de Jesús en el evangelio de Juan”. *Reseña Bíblica*, n. 95 (2017): 14-22.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

# EL ROSTRO DE JESÚS EN EL EVANGELIO DE JUAN



— Ana Unzurrunzaga Hernández —

*La memoria de Jesús que hace el evangelio de Juan es diferente de la de los evangelios sinópticos. La clave fundamental es el recuerdo de Jesús a la luz de la resurrección, porque todo se entendió cuando Jesús fue glorificado (12,16). Situándonos en la perspectiva de la memoria colectiva desde las ciencias sociales y siguiendo la pista de los signos y las «autorrevelaciones» de Jesús, descubriremos cómo el evangelio de Juan es Jesús. Todo lo que se habla o discute tiene que ver con la persona de Jesús, con su identidad y sus pretensiones.*

Unos meses antes de que mi abuela muriera con 96 años, tuvimos una preciosa conversación sobre cómo sentía que había sido su vida y cómo se sentía preparada para «abandonarla». Expresaba que había dado a su familia todo lo que sentía recibido de Dios; todo lo aprendido e interiorizado en sus primeros años y juventud lo había desbordado

en la familia formada. Y lo había hecho de la mejor forma posible, aunque consciente de los errores, de las incapacidades, de las caídas y momentos de impotencia, y de no saber hacer. Y me dijo: «Yo ya puedo morir en paz; he hecho lo que tenía que hacer, ahora os toca a vosotros». Cuando le pregunté qué querían decir sus palabras, ella me dijo: «Quie-

ro que la familia permanezca unida. Según pase el tiempo, me iréis olvidando, o eso pensaréis, pero en la medida en que viváis, sintáis, transmitáis lo que os he enseñado y hemos compartido y construido juntos, estaréis haciendo memoria de mí y estaréis haciéndome presente entre vosotros».

Lo que una persona hizo, dijo o pensó ¿es lo que la define? Lo que se recuerda y permanece en el tiempo en cada una de las personas, aun siendo distinto, ¿es válido para definirla? Cuando se hace memoria del pasado, ¿ese pasado se hace presente de nuevo? ¿Quién es Jesús? ¿Quién es Jesús en el evangelio de Juan? ¿Es el Jesús que realmente fue? ¿Es un Jesús recordado?

## 1. INTRODUCCIÓN: HACER MEMORIA

Todos tenemos la capacidad de hacer memoria. Poseemos la facultad de conservar rastros de la experiencia del pasado y accedemos a ella a través del recuerdo. Hacer memoria no es una actividad estática y fija, sino que nos permite reconstruir el pasado con una intención o desde unos intereses. Hacer memoria nos permite manejar los contenidos guardados en función de las necesidades del momento. Conservamos o reproducimos el pasado, pero también lo seleccionamos y reformulamos constantemente. Cuando recordamos, por tanto, estamos estableciendo una relación con el propio pasado y con otros de forma significativa y concreta; recordando, pensando, comunicando o actuando

construimos nuestro propio ser y un mundo compartido con otros.

No hay memoria estrictamente aislada e individual. Somos seres sociales y hacemos memoria en grupo; por lo tanto, hay que hablar de la memoria colectiva.

¿Qué es? Es el conjunto de representaciones del pasado que un grupo produce, conserva, elabora y transmite cuando sus miembros interaccionan entre sí. Lo que hace que una memoria sea colectiva no es tanto el carácter común de los contenidos cuanto el hecho de que estos son elaborados en común, son producto de una interacción social, fruto de una comunidad capaz de elegir del pasado lo más significativo para el presente y el futuro en relación con los intereses y con la identidad de los miembros del grupo.

El recordar, además, expresa de manera implícita la idea de incorporación en una comunidad o tradición: la memoria nos pone en conexión con una tradición, y detrás de esa tradición hay un grupo de personas que consideran significativos ciertos recuerdos que les dan identidad. Por eso no podemos dejar de subrayar que toda memoria colectiva tiene como objetivo favorecer la cohesión de un grupo social, garantizar y reforzar su identidad y establecer su permanencia en el tiempo. Porque se hace memoria del pasado en el presente y tiene significación para el futuro.

¿Qué quiero constatar con esta sencilla introducción? Lo primero, que los cuatro evangelios ates-

*La memoria colectiva es el conjunto de representaciones del pasado que un grupo produce, conserva, elabora y transmite cuando sus miembros interaccionan entre sí*

tiguan no tanto lo que Jesús hizo o dijo cuanto el modo en que lo que hizo o dijo; eso es lo que fue recordado por sus primeros discípulos, es decir, expresa el impacto que los hechos o las palabras de Jesús causaron en el grupo que le siguió. Lo que hay realmente en los evangelios son los recuerdos de los primeros discípulos: no el mismo Jesús, sino el Jesús recordado, como dice J. D. G. Dunn.

Lo segundo que hay que afirmar es que lo que se recuerda de Jesús es una selección y reformulación significativa de su vida, sus palabras y hechos en el presente que vive la comunidad y con la finalidad de dar respuesta a las preguntas, dificultades o conflictos que se están produciendo. Y la tercera idea que hay que subrayar es que el grupo que recuerda a Jesús se va cohesionando y refuerza su identidad, lo que le irá asegurando un futuro que ya se va perfilando. Y el evangelio de Juan no escapa a estos tres subrayados.

## 2. JUAN, UNA MEMORIA CONCRETA

Cuando se recuerda, son varias las preguntas que responder: ¿quién hace memoria? ¿A quién o para quién va dirigida? ¿En qué momento y dónde se hace? ¿Cómo se hace? ¿De qué o de quién se hace memoria?

En nuestro caso, quien hace memoria es el autor del evangelio de Juan. No es tema de este artículo presentar cuál es el estado de esta cuestión. Hay una pista sobre la identidad del autor en el hecho de que se evita intencionadamente poner en cuestión al personaje de Juan, cuyo nombre nunca aparece en el evangelio, ni siquiera en las listas generales de los discípulos de manera directa. En su lugar se pone de relieve en el relato de la pasión un perso-

naje al que se denomina el «discípulo amado». Los destinatarios del evangelio conocían su identidad, sobre todo, por los testimonios que acerca de él encontramos en la parte final del evangelio (21,20-24). La comunidad piensa que él era la «fuente» de su evangelio y, bastante probablemente, el iniciador de la misma comunidad. Por tanto, el peso de la evidencia se decanta a favor de identificar al «discípulo amado» con Juan, el hijo de Zebedeo, tal como afirmarán las tradiciones posteriores.

Esta memoria va dirigida a una comunidad, a un grupo con unas características y un momento vital significativos, en un espacio y un tiempo que enmarcan la memoria que se realiza. El tiempo en el que nos situamos es en torno a los años 95-120, y el espacio, con mucha probabilidad, Asia Menor, Éfeso.

El evangelio sugiere que existieron al menos tres grupos ante los cuales la comunidad joánica debió afirmar su identidad: 1) los seguidores de Juan Bautista (1,35-37; 3,22-30; 4,1-3; 10,40-42); 2) los judíos, que habían tomado medidas para expulsar de la sinagoga a los que creían en Jesús (9,22-23; 16,1-4); 3) otros «cristianos» que habían sido seguidores de Jesús pero que se hallaban en ese momento separados de la comunidad, al parecer debido a las afirmaciones sobre la divinidad de Jesús (6,60-65).

La comunidad joánica se habría originado en el seno de las sectas del judaísmo palestinese. Lo sabemos por la colección de títulos mesiánicos judíos, por la proclamación de que en Jesús se cumplen las Escrituras y por la colección inicial de milagros del Maestro, utilizados como evidencia de que él era el Mesías y el Hijo de Dios.

En un momento dado decidió abandonar la misión de tratar de evangelizar a los judíos para di-

12 ;3 37; 3,22-30; 4,1 ) los

rigirse a los gentiles. A lo largo del evangelio encontramos referencias a esta apertura (4,4-42; 12,20-26). Tras la expulsión de la sinagoga y el probable éxodo de Palestina a Éfeso, el esfuerzo se dirige a los gentiles.

Además, la figura de Pedro en este evangelio parece representar a los cristianos de las comunidades apostólicas no pertenecientes a la comunidad joánica. Pedro es el líder de los Doce, sí, pero su fe y su cercanía al Señor son siempre caracterizadas como inferiores a las del discípulo amado (13,23; 20,4.8; 21,7).

¿Cómo se hace memoria? Se hace memoria de Jesús con un lenguaje sencillo e incluso, desde el punto de vista literario, pobre. Es la *koiné*, un griego correcto, sí, pero la *koiné* hablada y popular. Aun así, se va escribiendo con un lenguaje abstracto y reiterativo que cobra vida e intensidad de lo que se considera lo más profundo de la realidad, un lenguaje que se va acercando poco a poco al centro del relato, Jesús, con fe y reverencia.

Por último, hay que afirmar que los grandes temas de la teología de Juan indican también los subrayados que quiere hacer dicha memoria: la relación única e insondable entre el Padre y su Hijo encarnado; la acción del Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo para defender a los seguidores de Jesús y conducirlos a la verdad completa; el amor fraterno, inspirado en Jesús, como elemento distintivo de la nueva comunidad; la permanencia de los seguidores de Jesús en sus pa-

labras y en su paz; la presencia de la comunidad en el mundo sin ser del mundo...

### 3. JUAN, UNA MEMORIA DIFERENTE

Como ya hemos dicho, los cuatro evangelistas hacen memoria de los hechos y los dichos de Jesús de Nazaret. Es una memoria dirigida a una comunidad concreta, de un lugar determinado, con unas características y un momento vital diferentes. Por eso cada evangelio es singular, pero Juan es especial: el enfoque narrativo, el marco donde se desarrolla la vida de Jesús, el lenguaje que utiliza y, como se suele decir, el ser el más teológico de los cuatro le dan un carácter propio.

La elaboración progresiva del evangelio indica que ha habido un proceso de trabajo y de explicación en función de una pregunta fundamental: ¿quién es propiamente Jesús? Por eso la figura de Jesús se presenta con una profundidad nunca antes desarrollada. En esta memoria es posible distinguir entre tradición y redacción, aunque resulta más difícil que en los sinópticos detectar dónde empieza y dónde termina la tradición.

Este evangelio no presenta simplemente un conjunto de datos y tradiciones sobre Jesús, sino que hay un ahondamiento en estos datos y estas tradiciones, y esta profundización lleva a un enriquecimiento del sentido original de la tradición, en función de las preguntas y de las preocupaciones de la comunidad a la que se dirige este escrito. Juan nos

*Cada evangelio es singular, pero Juan es especial: el enfoque narrativo, el marco donde se desarrolla la vida de Jesús, el lenguaje que utiliza y, como se suele decir, el ser el más teológico de los cuatro le dan un carácter propio*

ofrece la perspectiva del uso que se hacía de la tradición de Jesús en las dos primeras generaciones del cristianismo.

Muchas veces nos hemos podido hacer las preguntas de por qué esta memoria es más teológica, por qué hay un desarrollo narrativo más complejo, por qué es tan diferente a los otros evangelios. Recogiendo la idea, ya expresada en la introducción, de que toda memoria implica una actualización e interpretación del pasado desde el momento presente con la vista puesta en el futuro, podemos entender mejor el porqué de esta opción por «ese desarrollo más teológico».

Si concretamos un poco más, debemos subrayar tres elementos. Uno es la diferente imagen del ministerio de Jesús, tanto en el orden y el alcance de los acontecimientos (por ejemplo, la purificación del templo y la resurrección de Lázaro) como en la localización de ese ministerio (predominantemente Jerusalén y no Galilea). Otro es la llamativa diferencia, ya indicada, en el modo de expresión de Jesús (marcadamente discursivo y teológico), en contraste con el recurso de los sinópticos al aforismo y las parábolas. Y, probablemente, el factor más importante de todos: en los sinópticos, Jesús tiene como tema fundamental el Reino de Dios y raramente habla de sí mismo, mientras que en Juan el Reino queda en un segundo plano y los discursos son vehículos para que Jesús haga la revelación y predicación de su propia realidad: las significativas autoafirmaciones «Yo soy». Si estas se hubieran recordado como propiamente dichas por Jesús, ¿podrían los evangelistas sinópticos haberlas pasado por alto, como lo hicieron?

¿De qué Jesús se hace memoria? ¿Qué se recuerda de él? ¿Qué rasgos se recuerdan? ¿Qué hechos y di-

chos de Jesús se traen al presente de la comunidad? La clave fundamental es que se recuerda a Jesús a la luz de la resurrección, porque todo se entendió cuando fue glorificado (12,16); al hacer memoria de él dejándose guiar por el «Espíritu de verdad» (16,13-15), porque ese Espíritu da testimonio de Jesús (15,26).

#### 4. JUAN, DOBLE NIVEL DE MEMORIA

Como ya hemos expresado con anterioridad, cuando Juan hace memoria de Jesús se mueve en dos niveles: el nivel de la tradición de Jesús y el nivel de la tradición más elaborada releída a la luz de las dificultades y preguntas de la comunidad.

El primer nivel, llamémosle el nivel literario-narrativo, nos habla de Jesús y del misterio de Jesús. Se hace memoria de Jesús, el hijo de José, el que hacía gestos extraordinarios en favor de los necesitados: los signos.

El segundo nivel es el teológico, en el que Juan nos habla de su propio tiempo, de las dificultades doctrinales que comporta la fe respecto al judaísmo oficial, representado por la sinagoga. Desde esta perspectiva se hace memoria de Jesús a través de una serie de diálogos que culminan con la expresión autorreferencial «Yo soy».

Estos niveles no están separados ni claramente diferenciados, como ya decíamos antes, pero sí se detecta que el esquema de Juan es claro: Jesús realiza un signo que provoca un diálogo –cuya función es desentrañar su visión teológica– y del que se deriva una autorrevelación.

Por eso, este es el esquema que voy a seguir a partir de ahora para exponer la memoria de Jesús

que se hace en el evangelio de Juan. Solo vamos a dar unas pinceladas de qué es un signo en este evangelio y de cuáles son y cómo se desarrollan los diálogos y con qué autorreferencias de Jesús culminan. Con estas pinceladas veremos ya el «cuadro», con la imagen de ese Jesús del que se hace memoria en el evangelio de Juan.

## 5. LA MEMORIA DE JESÚS EN LOS SIGNOS

### a) Entendiendo los signos

Los llamados «signos» en el evangelio de Juan son aquellos hechos o actuaciones que Jesús realiza y que están cargados de una gran fuerza reveladora, porque en ellos se manifiesta la gloria que recibe del Padre. No son una prueba que demuestre la verdad de la pretensión de Jesús; son instrumentos de manifestación de la gloria para aquellos que están dispuestos a seguir la dinámica de la fe. Por eso Juan subraya más que los sinópticos el elemento extraordinario que envuelve las acciones de Jesús: Lázaro lleva muerto cuatro días, el ciego lo era de nacimiento, el enfermo de la piscina padecía el mal desde hacía treinta y ocho años...

Los signos están ligados a la fe, por lo que podemos decir también que son gestos hechos por Jesús que, una vez vistos, conducen a la fe. Pero ni esa fe es una fe de la que Jesús mismo se fíe (2,23; 3,2 y 6,26) ni en todos los casos los signos lle-

van a la fe (6,26 y 12,37). Lo que se quiere decir es que Jesús desconfía de los signos como único medio para creer (4,48). Por eso los signos son una manifestación de la gloria para aquellos que están dispuestos a penetrar el misterio de Jesús (2,11). Para ellos, los signos son un medio que les lleva a la verdadera fe: contemplar la gloria en Jesús, la gloria del Hijo único (1,14).

Lo más característico de los signos joánicos, aunque parezca obvio decirlo, es que los hace Jesús. Los signos son propios del Hijo, que solo hace y dice lo que ve y escucha del Padre (5,19.30). No importan los efectos o consecuencias de esos signos, sino más bien su origen y fundamento, es decir, su sentido revelador. Los signos nos dan a conocer la fuente y el origen de la actividad de Jesús, su ser el enviado del Padre.

Por último, hay que decir que los signos joánicos tienen un antecedente claro y definitivo en el Antiguo Testamento, en las señales que Dios hace para su pueblo en el éxodo hacia la libertad (cf. Éx 10,1; Nm 14,11-22; Dt 7,19; 29,1-3). Y que, además, «Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro» (20,30). «Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» (21,25).

Desde el análisis de los signos que no aparecen en los otros evangelios, como son la boda de Caná (2,1-12), la curación del ciego de nacimiento (9,1-41)

*Los llamados «signos» en el evangelio de Juan son aquellos hechos o actuaciones que Jesús realiza y que están cargados de una gran fuerza reveladora, porque en ellos se manifiesta la gloria que recibe del Padre*

y la resurrección de Lázaro (11,1-44), ¿qué Jesús se recuerda? ¿Qué memoria se hace de él?

### **b) La memoria de Jesús**

El episodio de la boda de Caná (2,1-12) constituye el comienzo de los signos. La transformación del agua en vino nos ofrece la clave para entender a lo largo de todo el evangelio de Juan la transformación salvadora. De la curación del ciego de nacimiento (9,1-41) se sigue la revelación de Jesús como luz del mundo, y de la resurrección de Lázaro (11,1-44) surge la solemne proclamación de Jesús como «la resurrección y la vida».

Juan, en la boda de Caná, presenta simbólicamente a Jesús como portador de un vino nuevo, capaz de reavivar el espíritu. Esta boda anónima, donde el novio y la novia no tienen nombre ni palabra, es figura de la antigua alianza judía, y se dice que faltó el vino, símbolo de la alegría y del amor. Todo queda transformado por el vino nuevo de Jesús. Quien cree en el amor gratuito del Padre, que envía a su Hijo, saborea esta nueva alianza. Se recuerda a un Jesús que, participando de la vida y fiesta del pueblo junto a su madre, manifiesta la gloria del Padre y provoca la fe y la acogida por parte de quienes le siguen.

En la curación del ciego de nacimiento, Juan nos describe el recorrido interior que va haciendo un hombre perdido en las tinieblas hasta encontrarse con Jesús, que es «la luz del mundo». Jesús no abandona a quien lo ama y busca, sino que sale al

encuentro del que ha sido excluido de su comunidad religiosa. En este episodio, además, se hace memoria de un Jesús que quiere vivir en la verdad, que cree en la verdad y la busca; que habla con autoridad porque habla desde la verdad; de un Jesús que invita a buscar la verdad y que lleva a encontrar la propia verdad de cada uno.

En el relato de la resurrección de Lázaro se recuerda a un Jesús humano, frágil, entrañable, amigo de sus amigos y, paradójicamente, se hace una memoria que nos invita a creer en su poder salvador: «Yo soy la resurrección y la vida». Es un Jesús que tiene fe en el Padre, una confianza total en Dios; un Jesús que invita a despertar la fe en la vida aquí y ahora, dejando a un lado la fe judía, representada en Marta, de la espera en el día final.

*Se hace memoria  
de un Jesús que quiere  
vivir en la verdad,  
que cree en la verdad  
y la busca; que habla  
con autoridad porque habla  
desde la verdad*

## **6. LA MEMORIA DE JESÚS EN LOS «YO SOY»**

### **a) Entendiendo las «autorrevelaciones»**

El autor del evangelio de Juan no se contenta con identificar a Jesús con los títulos tradicionales, como habían hecho los sinópticos; pone en boca de Jesús unas construcciones teológicas que son otra pista para seguir la memoria que de él se hace en el llamado cuarto evangelio: «Yo soy el pan de vida» (6,35); «Yo soy la luz del mundo» (8,12); «Yo soy la puerta» (10,9); «Yo soy el buen pastor»

(10,10-11.15); «Yo soy la resurrección y la vida» (11,25-26); «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (14,6) y «Yo soy la vida» (15,5).

Hay que aclarar que este tipo de expresiones era una fórmula de declaración habitualmente empleada en los himnos o aretologías de los dioses y héroes de la tradición grecorromana. En estas autorrevelaciones, Jesús presenta aspectos fundamentales de su identidad a sus seguidores. Por eso son centrales para la cristología del evangelio de Juan, y, además, funcionan como un mecanismo que define los límites de la comunidad joánica.

Jesús realiza un signo que provoca un diálogo –cuya función es desentrañar su visión teológica– y del que se deriva una autorrevelación. Por eso quiero indicar cómo funcionan esos diálogos.

Estos diálogos no son introducidos por una pregunta de Jesús, sino más bien por cuestiones que surgen de los signos. Y, curiosamente, cuando se habla de los gestos de Jesús, no se habla de signos, sino de obras que Jesús hace. Cuando Jesús dice: «Las obras que yo hago», se nos está introduciendo en la visión teológica del evangelio. Jesús se refiere al encargo que ha recibido de llevarlas a término y perfección (4,34; 5,36; 17,4) por parte de aquel que le ha enviado al mundo.

Son obras del Padre (10,37) y es el Padre quien las realiza mediante el Hijo (14,10). En este sentido, las obras que Jesús hace dan testimonio (5,36; 10,25); los hombres y mujeres las ven (7,3; 15,24), se maravillan (5,20) y son conducidos a la fe (6,28-29; 10,38; 14,11). Una fe que los lleva al conocimiento del Padre, que ha enviado a Jesús (6,29; 10,38).

Por eso estos diálogos expresan la disposición a aceptar la revelación de Jesús. Por eso Jesús se revela más abiertamente y los diálogos finalizan con

una referencia a la fe y a la vida eterna. Hay una clara predisposición y disposición de los interlocutores que se percibe a lo largo del diálogo en sus peticiones y en la aceptación de las correcciones que hace Jesús. Es un clima catequético y de instrucción.

## **b) La memoria de Jesús**

Es muy significativo que los signos, los discursos y las conclusiones autorreveladoras se produzcan en momentos de fiestas importantes para el judaísmo: la fiesta de la Pascua, la fiesta de los Tabernáculos y la fiesta de la Dedicación. Cada una de ellas recuerda y conmemora la acción salvadora de Yahvé en la historia de la salvación vivida por Israel, y, además, actualizan su sentido en clave de esperanza mesiánica.

Y es precisamente en este contexto de memoria donde se recuerda a Jesús con símbolos como el pan, la luz, la puerta, el pastor, la vida, la verdad, el camino y la vida. No nos deja indiferentes que estos elementos en sí mismos hagan memoria y tengan fuertes resonancias en el judaísmo. Pero, como indicábamos al principio, se recuerda el pasado en el presente, reformulándolo y actualizándolo, y así ocurre en estas autorrevelaciones. Estos símbolos dejan de tener el significado veterotestamentario y se actualizan.

¿Qué se nos dice de Jesús? Jesús es el rostro humano de Dios, es el revelador de la gloria de Dios, una gloria que se revela en los signos que realiza. Jesús es el Salvador que cumple y supera al mismo tiempo las esperanzas humanas de salvación. Jesús es el enviado del Padre que responde plenamente a las necesidades fundamentales de la persona: el pan de vida que lo saciará plenamente, la luz de vi-

da para guiarle hasta la vida eterna sin errar en el camino, la puerta única e inequívoca que lo llevará a la salvación, el buen pastor que da la vida que el corazón desea y anhela... Un Jesús que, como enviado y revelador, debe ser acogido y en el que hay que creer, porque el que cree en Jesús tiene la vida como plenitud futura. Un Jesús que es el camino hacia el Padre si acogemos su vida y su verdad, y si permanecemos unidos a él y damos fruto.

## 7. ÚLTIMO APUNTE: JESÚS MESÍAS, HIJO DE DIOS E HIJO DEL HOMBRE

En el inicio del evangelio de Juan se presenta a Jesús como Mesías, situando directamente su identidad en el marco de las expectativas judías. Pero, al mismo tiempo, el evangelio parece indicar que este no es el título correcto, sino el de «Hijo de Dios», como lo utilizan Juan Bautista y Natanael. Y no solo eso, sino que Jesús emplea la expresión «el Hijo del hombre» (1,51).

El evangelio concluye con una confesión de fe: «[Este libro] se ha escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (20,31). Esta es la síntesis del autor acerca de Jesús Mesías: Jesús es ciertamente el Mesías de Israel. Pero es el Mesías de Israel en la medida en que es el Hijo de Dios, en la medida en que ha sido enviado por Dios.

El propio Jesús, para mostrar la inadecuación del título «Mesías», utiliza la expresión «Hijo del hombre», que comparte la misma función que

«Hijo de Dios» y que es la preferida por Jesús. ¿Por qué? ¿Para qué?

1) Para subrayar el carácter revelatorio de su persona; aunque no diga nunca que «el Hijo del hombre» ha sido enviado por Dios, el carácter trascendente se deja entrever: «Nadie ha subido al cielo, a no ser el que vino de allí, es decir, el Hijo del hombre» (3,13).

2) Para confirmar el papel de revelación que caracteriza su figura desde las claves de la exaltación o elevación: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, reconoceréis que yo soy» (8,28).

3) Para evitar una visión del mesianismo de Jesús que se quede en la pura condición humana. Jesús es objeto de adoración: «Y se postró ante él» (9,38); en Jesús se hace presente la divinidad, a la que hay que adorar (4,20-24).

## EPÍLOGO

Cuando nos juntamos los nietos de mi abuela, lo que cada uno recuerda de ella puede ser diferente; las experiencias pueden ser las mismas con matices diferentes, pero toda esa memoria es ella. En este artículo sobre la memoria de Jesús hecha por Juan me he tomado la licencia de poner el acento en unos rasgos más que en otros, he tomado un camino y no otro, y por eso la luz ha estado focalizada en los signos y en las expresiones «Yo soy». Si unimos mi recuerdo y mi forma de hacer memoria de este evangelio con lo que yo haya podido evocar acerca del Jesús de Juan, que no quepa duda de que toda esa memoria es Jesús. ●